

# La psicología de la paz en los Estados Unidos

JOSEPH DE RIVERA\*

*Universidad de Clark*

En unas 200 universidades norteamericanas se ofrecen en la actualidad programas de estudios sobre la paz. A diferencia de los programas sobre seguridad nacional, estos programas tratan el problema de la paz más desde una perspectiva global que nacional. Es evidente que la ciencia política, la economía, la historia y la sociología desempeñan un papel importante en tales estudios, pero ¿cuál es el papel de la psicología?

La American Psychological Association ha creado una nueva sección dedicada a la psicología para la paz; en Japón hay también una organización de psicólogos por la paz. Es muy alentador que haya tantos psicólogos trabajando por la paz. Obviamente, más que tener una especialidad profesional sobre psicología de la paz nos encontramos con que distintas personas han intentado aplicar su propia especialidad al reto de promover la paz. En Estados Unidos, los profesionales de la Psicología Clínica han intentado encontrar la mejor manera de relacionar el problema de la violencia y la paz a nivel social con los aspectos personales que surgen en la terapia individual y familiar, otros también han asesorado a los jóvenes que deben alistarse o han trabajado con grupos de pacifistas para reforzar su actividad y prevenir que «se quemen». Los psicólogos sociales han medido las actitudes hacia la violencia y la percepción de las armas nucleares, han estudiado la resolución de conflictos, la cooperación, la negociación trans-cultural, la toma de decisiones gubernamental y el proceso que hace que una persona se haga pacifista. Los psicólogos evolutivos han estudiado los efectos emocionales de las armas nucleares y cómo enseñar a los niños a responsabilizarse de los problemas del mundo.

No voy a intentar describir todos esos esfuerzos, que pueden descubrirse mediante la consulta del *Psychologists for social responsibility research directory* (1990). Más bien voy simplemente a compartir con ustedes algunas ideas que se están comentando en Estados Unidos cuando se reflexiona sobre el papel que podría interpretar la psicología en la educación para la paz. Estoy muy interesado en saber cómo los psicólogos de otros países responden a estas ideas.

¿Qué es la educación para la paz y qué papel debe interpretar la psicología en la educación para la paz?

\* El Dr. Joseph de Rivera es un prestigioso profesor universitario que ha desplegado y despliega una gran actividad intelectual y humana en favor de la paz. El presente artículo fue una conferencia dictada en Tokio durante el mes de octubre de 1990 a la Sociedad Japonesa de Psicólogos de la Paz. La *Revista de Psicología Social* tuvo la oportunidad de elaborar este Debate en un tiempo extraordinariamente breve gracias a la colaboración del profesor de Rivera y los participantes en el Debate, a los que agradecemos su respuesta entusiasta a nuestra iniciativa. Ojalá este Debate sirva, en estos tiempos de guerra, para abrir una discusión nacional e institucional sobre el papel del psicólogo social en favor de la paz.

*Traducción:* José Miguel Fernández Dols.

Por «educación para la paz» entiendo una educación que permita a las personas *actuar* de modo que produzcan y mantengan un mundo en paz.

Cuando digo un mundo «en paz» no quiero decir un mundo simplemente sin guerras ni un mundo sin conflictos. Quiero decir un mundo en el que el conflicto se resuelva creativamente y sin violencia de manera que se promueva el desarrollo artístico, la justicia social, el equilibrio ecológico y la armonía interpersonal e intergrupal.

La educación para la paz comienza sin duda en el hogar y continúa en la escuela primaria. Los cimientos de la paz consisten en que la gente se preocupe por las personas que ve todos los días y cuiden también del planeta, del que dependemos todos. Así pues, un aspecto importante de la educación para la paz se refiere a cómo fomentar que la familia se comporte de forma caritativa. Además, cuando los niños comienzan a asistir a la escuela deben aprender a resolver conflictos entre ellos de forma pacífica. A este respecto, puede ser importante reseñar que las formas de pacificación entre los miembros de un grupo varían de sociedad a sociedad. En Estados Unidos, por ejemplo, enseñamos a los niños lo que es «justo» para los individuos implicados, mientras que en Japón a los niños no se les enseña a discernir lo que es justo sino, más bien, lo que mantenga la «armonía» en el grupo.

La educación para la paz a edades tempranas es uno de los elementos absolutamente necesarios para lograr un mundo en paz. Constituye la base de que los adultos actúen pacíficamente en nuestras comunidades. Sin embargo, ello no es suficiente porque muchos de los peligros que corre la paz en el mundo no guardan relación con los conflictos intra-grupales, sino con los conflictos inter-grupales. Los protagonistas de las guerras, por ejemplo, no son los individuos sino naciones o pueblos.

Hay naturalmente una relación entre cómo se resuelve un conflicto en el seno de un grupo y cómo se resuelve en la relación entre grupos. En la medida en que la hostilidad de un grupo es proyectada sobre los enemigos que se hallan más allá del grupo, o en la medida en que un grupo solo puede trabajar conjuntamente cuando las facciones que lo constituyen tienen un enemigo común, la pacificación intra-grupal implicará un conflicto con otro grupo. Otro problema menos obvio es que un líder tome decisiones que intensifiquen o prolonguen innecesariamente un conflicto intergrupal, en la medida en que la paz intra-grupal dependa de acuerdos encubiertos para no poner en duda al líder, la política del líder consista en implicar al grupo en un conflicto con otro grupo y el líder no esté dispuesto a considerar información externa que contradiga sus decisiones. Todos estos factores están siendo estudiados por los psicólogos de la paz. Mucha gente no los entiende adecuadamente por lo que deben ser enseñados como un aspecto de la educación para la paz.

Sin embargo, debemos también enseñar los fenómenos relacionados con el conflicto intergrupal y sus bases psicológicas. El conflicto intergrupal es un fenómeno general y, con frecuencia, letal. Además del conflicto de Oriente Medio, en la actualidad, hay docenas de pequeñas guerras, muchas entre pueblos en estados nacionales en desarrollo. El trabajo de Richardson's (1960) muestra que no hay una causa única —económica, histórica o ideológica— que pueda explicar tales guerras, y que a lo largo de la historia van surgiendo diferentes naciones belicosas. La probabilidad de que se produzcan tales guerras tampoco decrece por el hecho de que los grupos implicados compartan

lenguajes o religión. Las guerras parecen producirse siguiendo las leyes de la probabilidad de que dos grupos cualesquiera «colisionen» uno contra el otro; a menudo chocan sólo porque la influencia de uno de los grupos afecta a la influencia creciente de otro.

Si el conflicto inter-grupal fuera simplemente una lucha racional por la influencia o el poder, podríamos tener la esperanza de que el creciente poder destructivo de las armas inclinará a los grupos a crear otras formas de ejercicio del poder. La guerra no es la única manera de resolver un conflicto. Sin embargo, hay una evidencia cada vez mayor de que en la raíz de nuestros problemas hay una irracionalidad psicológica fundamental. Los estudios de Tajfel (1970), y otras muchas investigaciones posteriores, han mostrado que tan pronto se constituye un grupo aparece una «frontera» grupal que determina quién está «en» el grupo y quién está fuera del grupo. Las personas poseemos prejuicios en favor del grupo al que pertenecemos y en detrimento de los que no son miembros de tal grupo. Así, uno siente que los miembros del propio grupo son mejores, le gusta estar con ellos y piensa que sus intereses son más importantes que los de los miembros de otros grupos. Todos sufrimos la influencia de este fenómeno.

Estos prejuicios intergrupales existen incluso cuando los grupos no compiten entre sí. Sin embargo, cuando se dan intereses en conflicto, los prejuicios arraigan y si un grupo comienza a dañar a los miembros del otro, se incrementan los prejuicios que justifican la violencia. Los miembros del grupo extraño comienzan a ser despersonalizados y sólo se les ve como enemigos, como objetos a los que se puede sacrificar como al ganado. No es preciso recordar al lector el comportamiento de los Estados Unidos en Vietnam, de Japón en Corea o el Khmer Rojo en Kampuchea. Tenemos que enseñar en la educación secundaria las características de esta dinámica y en qué consiste el eufemismo de palabras como «defensa».

Mientras que algunos psicólogos de la paz han investigado la imagen del enemigo y cómo evoluciona esta imagen (véase por ejemplo Eckhardt 1989), otros han diseñado métodos para resolver los conflictos intergrupales. Rogers y Ryback (1984), por ejemplo, han diseñado un sistema para dirigir reuniones entre miembros de grupos que se han dañado mutuamente, encaminadas a que los miembros de esos grupos comiencen de nuevo a considerarse mutuamente como personas. Si bien es necesaria más investigación, conocemos ya muchos métodos para resolver conflictos intergrupales y podríamos desarrollar aquellos que no poseemos. Desgraciadamente, carecemos de la voluntad política necesaria para insistir en que se utilicen los métodos disponibles y que se financie la investigación necesaria. El gobierno de los Estados Unidos se gasta miles de millones de dólares cada año para desarrollar nuevas armas, en lugar de instrumentos para la resolución de conflictos. Los países desarrollados tienen la entidad necesaria para presionar a los Estados Unidos para que cese de experimentar armas nucleares, pero no ejercen su influencia.

Un gobierno, y especialmente un gobierno democrático, no es un ente independiente de su pueblo, y la psicología de la paz debe plantearse por qué la gente sigue apoyando gobiernos que se gastan miles de millones en la guerra en lugar de emplearlos en la investigación sobre la paz y la justicia en el mundo. Es obvio que, en parte, los enormes complejos industriales que se han creado para la guerra presionan a los gobiernos para que se les proporcionen recursos destinados a comprar armas. En los Estados Unidos

hay muchos puestos de trabajo en juego y el gobierno ha carecido de voluntad para fomentar que otros tipos de industria proporcionen esos puestos de trabajo. Los psicólogos de la paz deben estudiar cómo fomentar la reconversión de la industria de la guerra y cómo generar su propia «industria» de programas para el estudio de la paz, academias e institutos de la paz (ver por ejemplo, Kimmel, 1985). En parte, además, e influenciada por los conflictos intergrupales ya mencionados, mucha gente es tan nacionalista que prefieren que el dinero se invierta en armas en lugar de iniciativas por la paz. No confían en las demás naciones y satisfacen los intereses nacionales por medio de la amenaza de guerra, en lugar de la construcción del derecho internacional. Sin embargo, también es cierto que muchos ciudadanos creen en la paz pero no logran presionar lo suficiente a su gobierno para que invierta en la paz en vez de en la guerra. Así, un aspecto importante de la psicología de la paz está relacionado con la educación y la investigación necesarias para fomentar en las personas una mayor actividad política encaminada a presionar a sus gobiernos para que inviertan en la paz y no en la guerra (véase por ejemplo, De Rivera 1984, 1988; Fox y Schofield, 1989).

### ¿QUE HABILIDADES HAY QUE ENSEÑAR?

Casi todos los estudiosos de la educación para la paz son conscientes de la necesidad de enseñar a la gente habilidades de comunicación y negociación (por ejemplo, Fischer y Ury, 1981). Sin embargo, hay menos consenso respecto a otras habilidades. Las mencionadas a continuación son propuestas por *algunos* educadores para la paz y creo que las tres son cruciales y deben ser estudiadas por los psicólogos.

La primera de ellas consiste en saber disfrutar los conflictos y ser capaces de discriminar cuando es necesario el uso agresivo de la fuerza. Me parece que algunas personas que defienden con fuerza la paz desaprueban de tal forma el conflicto y les horroriza tanto la violencia que les repugna la sola idea de que el conflicto pueda ser satisfactorio y el uso de la fuerza necesario. Esta aversión y el horror a la violencia deben ser abordados por la psicología de la paz. En caso contrario, las personas que desean que sus países no actúen violentamente serán incapaces de ofrecer alternativas razonables. Además, la gente que quiera elegir un gobierno cuya política no esté a favor de la violencia no podría experimentar positivamente el conflicto democrático que conlleva la elección de tal gobierno o el rechazo «agresivo» de los políticos que sólo consideran ventajosas las soluciones militares de los problemas nacionales. Además, si a las personas les horroriza la sola mención de la guerra no serán capaces de debatir la manera de contener una Alemania nazi u ofrecer alternativas razonables tales como estrategias de defensa no provocativas.

Hay, naturalmente, algunos pacifistas comprometidos con la práctica del Satyagraha (el método de Ghandi de afirmación no violenta), y puede aducirse que éste es el único tipo de «agresión» que pueden utilizar los individuos o movimientos sociales pacifistas. Sin embargo, Kenneth Kaunda (1980) ha señalado convincentemente que los jefes de gobierno (que son responsables de los ciudadanos que constituyen una nación al margen de su voluntad) deben algunas veces utilizar la fuerza armada para proteger a sus ciudadanos y garantizar la justicia. Muchos ciudadanos creen que sus naciones

deberían poseer algún tipo de fuerzas armadas y que deberían hacer uso de tales fuerzas en ciertas circunstancias. La educación para la paz debe considerar la cuestión sobre cuándo debería recurrirse a la fuerza armada, cómo debería ser controlada y, a nivel más amplio, el problema del poder político. Creo que una consideración concienzuda de estas cuestiones en relación con la situación actual probablemente inclinarían a la mayor parte de la gente en favor de algún tipo de gobierno y fuerza de policía mundial.

La segunda habilidad es la capacidad para tener presente las relaciones entre la paz y diversos aspectos de la economía internacional, la justicia y el desarrollo social. Mientras que una paz «negativa» —la mera ausencia de guerra y la presencia de un orden social— puede lograrse mediante la imposición agresiva de un gobierno militar fuerte, la verdadera paz sólo puede producirse cuando hay justicia o al menos una vía no violenta hacia el logro de una situación justa. Los educadores para la paz deben establecer este punto de vista de forma convincente. Por el momento no lo han hecho. Los educadores para la paz deben enseñar qué es la injusticia, y cómo la injusticia puede ser tratada no creando sino resolviendo problemas económicos y ecológicos. Hay muy poca comunicación entre la mayor parte de la gente que trabaja en favor de la paz y aquellos que trabajan en favor de la justicia o el equilibrio ecológico. Los psicólogos de la paz deberían tomar la iniciativa para establecer contactos entre estos grupos de personas caritativas.

La tercera habilidad implica transformarnos a nosotros mismos para hacernos más capaces en la defensa de la paz y algún tipo de gobierno común (véase por ejemplo de Rivera, 1989). Si las estadísticas de Richardson muestran que el compartir un lenguaje o una religión no disminuyen la posibilidad de que haya guerras entre grupos, un gobierno común sí disminuye la probabilidad de una guerra. De hecho, una vez establecido un gobierno común, la probabilidad de una guerra civil decrece en proporción geométrica al tiempo transcurrido.

El gobierno común, sea gracias a la existencia de un poder ejecutivo único o simplemente a un conjunto creciente de tratados, acuerdos y leyes internacionales, parece algo necesario para controlar las guerras y las armas y proporcionar algún apoyo a una mayor justicia económica. Sin embargo, un gobierno común implica algo más que leyes y política; son necesarias importantes transformaciones psicológicas. En primer lugar, en nuestro momento histórico actual mucha gente tiene una identificación primaria con su estado nacional. Hay estadounidenses, españoles, japoneses. Así pues, la gente percibe que el interés nacional coincide con su interés personal. La mayoría reconoce la legitimidad de la postura de sus gobiernos, se identifican con el destino de las fuerzas armadas de sus naciones y aceptan las reglas de sus gobiernos. Estamos sólo en los albores de una toma de conciencia de que vivimos en un planeta donde todo guarda relación de dependencia con todo y de que quizás deberíamos identificarnos con la humanidad tanto como con nuestra nación (o algún otro colectivo concreto). Los psicólogos de la paz deben estudiar esta transformación de la identidad y cómo tranquilizar a los gobiernos nacionales respecto a que la lealtad a una entidad más amplia no supone un riesgo para la seguridad nacional.

Hay además el miedo a que podamos perder la soberanía nacional si uno acepta someterse al juicio de un colectivo más amplio. Esta necesidad de control se basa, en parte, en el propio interés nacional. Si se tiene el control

se puede estar seguro de que se van a satisfacer los intereses propios. Sin embargo, la magnitud de esa necesidad de control sugiere que también están en juego poderosas tendencias emocionales, tendencias que incluso pueden actuar en contra de los intereses nacionales. Los Estados Unidos, por ejemplo, podrían probablemente incrementar su propia seguridad fomentando que todas las naciones dejaran de experimentar nuevas armas nucleares y sus sistemas de producción. Es el país que en la actualidad está a la cabeza en esta tecnología y sería bueno patrocinar acuerdos internacionales contra la experimentación y hacer un gran esfuerzo por crear una norma internacional contra la producción de armas. Sin embargo, los Estados Unidos insisten en poseer el derecho a experimentar nuevas armas y, así, socava la posibilidad de crear una norma internacional que sería lo más idóneo para sus intereses a largo plazo. Ninguno de los aliados de Estados Unidos, como por ejemplo España, presionan para que se cree tal norma internacional contra la experimentación de armas nucleares, a pesar de que también sería sin duda lo mejor para sus intereses nacionales. Me parece que, como psicólogos de la paz, deberíamos tratar esta cuestión. Sospecho que esas fuerzas irracionales se dan cuando nuestro miedo por nosotros mismos domina a nuestro cuidado y fe en lo que no es nosotros mismos. En Estados Unidos, y en otras naciones que están orientadas a las libertades individuales, este miedo lleva a la gente a insistir en poseer control, en lugar de tener fe en algo que está por encima de la individualidad. En Japón, y otras naciones que están más orientadas hacia la armonía grupal, este miedo lleva a la gente a fingir realidades sociales en las que realmente no creen, en lugar de defender la verdad que perciben. Es evidente que este tema exige investigación en el futuro.

Por último, un gobierno común requiere que los pueblos se pongan de acuerdo sobre la forma en que la gente debería comportarse en términos ideales. Sin embargo, ya hemos subrayado que los estadounidenses resuelven con frecuencia los conflictos remitiéndose a lo que es justo para los individuos mientras que los japoneses se remiten a lo que es bueno para la armonía global del grupo. La identidad individual estadounidense está basada en ser consistente con los propios principios y de valorar positivamente las situaciones entre personas de igual status. La identidad individual japonesa se basa en la adaptación a las situaciones para asegurarse unas relaciones armoniosas y valorar positivamente aquellas situaciones en las que claramente hay un superior y un inferior jerárquicos (vid. Roland, 1988). En la actualidad nos resulta fácil relacionar ambos tipos de comportamiento ya que no hay conflictos reales y los enemigos son comunes pero ¿cómo se relacionan ambos modelos cuando hay un fuerte conflicto de intereses?

Les ruego que me disculpen si, en mi ignorancia, estas observaciones les resultan ofensivas pero creo que los psicólogos de la paz deberíamos considerar el problema de nuestras diferencias al igual que nuestras similitudes y trabajar juntos para crear una nueva cultura humana que nos permita vivir completamente en paz con los demás.

## Referencias

- DE RIVERA, J. D. (1988). Peace fair of warfare: Educating the community. *Journal of Social Issues*, 44, 59-80.
- DE RIVERA, J. H. (1989). Love, fear and justice: Transforming selves for the new World. *Social Justice Research* 3, 387-426.
- ECKHARDT, W. (1989). Making and breaking enemy images. *Peace Research*. 21 (4), 11-16, 85-88.
- FOX, D. L. y SCHOFIELD, J. W. (1989). Issue salience, perceived efficacy and perceived risk: An experimental study of the precursors of anti-nuclear war activity. *Journal of Applied Social Psychology*, 19, 805-827.
- FISCHER, R. y URY, W. (1981). *Getting to yes: Negotiating agreement without giving in*. MA: Houghton Mifflin.
- KAUNDA, K. (1980). *The riddle of violence*.
- KIMMEL, P. R. (1985). Learning about peace: Choices and the U.S. Institute of Peace as seen through two different perspectives. *American Psychologist*, 40, 525-541.
- Psychologists for social responsibility research directory (1990). 1841 Columbia Road, N.W. # 207, Washington, D.C. 20009.
- RICHARDSON, L. F. (196 ). *The statistics of deadly quarrels*. Pittsburgh, PA: Boxwood Press.
- ROGERS, C. R. y RYBACK, D. (1984). One alternative to nuclear planetary suicide. *Counseling Psychology*, 12, 3-12.
- ROLAND, A. (1988). *In search of self in India and Japan*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- TAJFEL, H. (1970). Experiments in Intergroup discrimination. *Scientific American* 223, 96-102